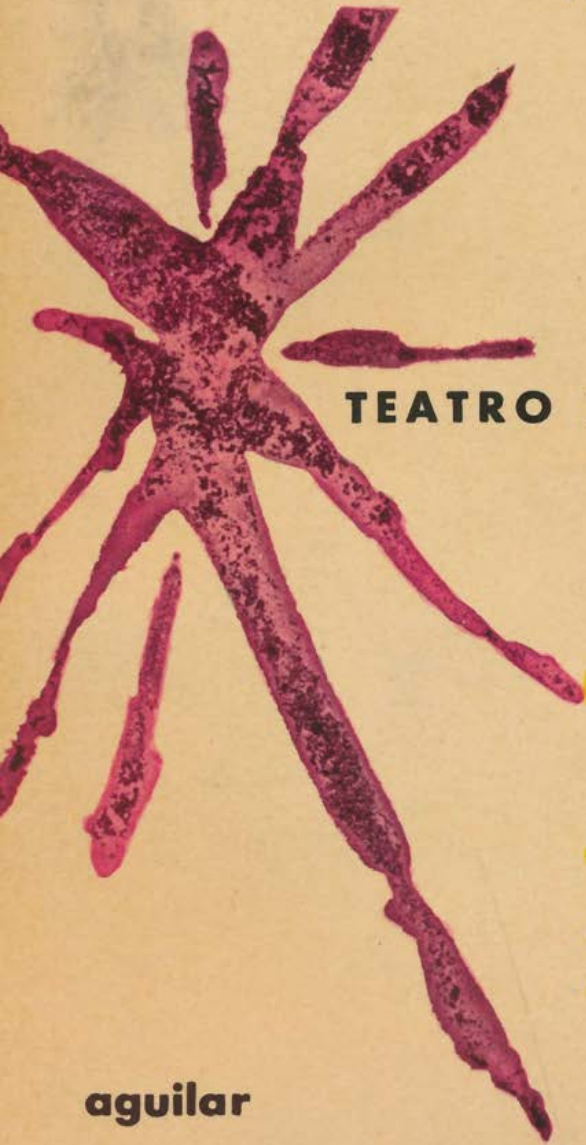


teatro contemporáneo



TEATRO PORTUGUES

RAUL BRANDAO · El loco y la muerte.

JOSE REGIO · Jacob y el ángel.

ALFREDO CORTEZ · "Rouge!"

BERNARDO SANTA-RENO · La promesa.

LUIZ FRANCISCO REBELLO · Es urgente el amor.

COSTA FERREIRA · Un hombre solo.

aguilar

TEATRO PORTUGUES CONTEMPORANEO

Raúl Brandão

EL LOCO Y LA MUERTE

José Régio

JACOB Y EL ANGEL

Alfredo Cortez

«ROUGE!»

Bernardo Santareno

LA PROMESA

Luiz Francisco Rebello

ES URGENTE EL AMOR

Costa Ferreira

UN HOMBRE SOLO

Selección y prólogo de
LUIZ FRANCISCO REBELLO

Traducción del portugués por
VÍCTOR AÚZ CASTRO



AGUILAR - MADRID

TEATRO PORTUGUES
CONTEMPORANEO

El teatro
de los años
de la guerra
de la posguerra
de la revolución
de la democracia
de la cultura
de la literatura
de la poesía
de la novela
de la historia
de la filosofía
de la ciencia
de la medicina
de la agricultura
de la industria
de la economía
de la política
de la sociología
de la psicología
de la pedagogía
de la medicina
de la farmacia
de la veterinaria
de la odontología
de la arquitectura
de la ingeniería
de la informática
de la robótica
de la nanotecnología
de la biotecnología
de la nanomedicina
de la nanociencia
de la nanotecnología
de la nanomedicina
de la nanociencia

NÚM. REG. : 5471-60.
DEPÓSITO LEGAL. M. 11 881.—1961.

© AGUILAR, S. A. DE EDICIONES, 1961.
Reservados todos los derechos.

Printed in Spain. Impreso en España por Pueyo, Luna, 27, Madrid

JOSE REGIO

JACOB Y EL ANGEL¹

MISTERIO EN TRES ACTOS, UN PRÓLOGO Y UN EPÍLOGO

Se quedó solo; y he aquí que un varón
luchaba con él hasta el alba.

(*Génesis*, cap. 32, v. 24.)

¹ Esta obra se estrenó en París, en el «Studio des Champs-Elysées», en la noche del 31 de diciembre de 1952, bajo la dirección de Jacques Charpin.

PERSONAJES

REY.
REINA.
BUFÓN.
DUQUE.
SUMO SACERDOTE.
JUEZ SUPREMO.
GENERALÍSIMO.
POETA OFICIAL.
FÍSICO.
ENFERMERO.

Guardias, Ayas, Embajadores.



JOSE REGIO

PROLOGO

La escena representa el dormitorio del Rey, en Palacio, durante la noche. La habitación es circular. Tiene una gran puerta a la derecha y una gran ventana a la izquierda. La ventana debe estar situada de manera que deje entrar un largo rayo de luz blanco-azulada (supóngase lunar) que ilumine el lecho real. Este debe estar colocado entre la ventana y la puerta. La altura de la ventana debe ser tal que un hombre alto quepa de pie sobre el alféizar. La altura de la puerta estará en proporción con la de la ventana. La anchura del lecho debe permitir que dos hombres luchén sobre él con plena libertad de movimientos. Así, toda la escena dará una impresión de magnitud desproporcionada al tamaño normal de las figuras humanas.

Se alza el telón lo más lentamente posible. El REY duerme bajo el chorro de luz que entra por la ventana abierta. Subido el telón, la escena permanecerá sin alteración durante algunos segundos. Después hay un leve golpe en la batería de una rudimentaria orquesta oculta entre bastidores. Comienza un preludio con sordina. Aparece de pie en el alféizar de la ventana, en silueta, la figura del ANGEL, vistiendo de los pies a la cabeza una especie de malla que le modela todo el cuerpo. Tiene los brazos abiertos un poco levantados, como quien se prepara para subir o volar, y unas alas que son mitad alas mitad aletas, y en realidad ni una cosa ni otra, le unen las muñecas a los costados. Por la postura en que aparece el rostro apenas se le distingue. Cualquier artificio de caracterización conseguirá que casi no se le distinga en todo este prólogo. De un salto, el ANGEL cae sobre la cama en que duerme el REY. El REY se despierta sobresaltado, procurando erguirse.

REY.—(*Gritando con gran terror.*) ¡Socorro! (La orquesta inmelódica varias veces recomenzado y varias veces interrumpido para sólo dejar oír los tambores y los platillos marcando el ritmo, acompaña la lucha que mientras tanto se entabla entre el ANGEL y el REY, en el lecho. Los dos luchan; primero de rodillas, después de pie, ora separados ora abrazados. Cada vez que se suelta del adversario, el REY repite inútilmente su grito.

«¡Socorro!» Muchas veces repetido y lanzado con toda fuerza, este grito debe dar una impresión de intenso terror: como si el REY luchase con un monstruo. Unas veces la lucha de ambos es un baile de cuya calidad y ejecución—así como del tema musical—depende, principalmente, el efecto de este prólogo: baile simultáneamente hierático, feroz y grotesco, simbólico de la lucha de Jacob y el Angel. Los movimientos y actitudes del REY son simples, pesados, reiterados, toscos, pudiendo, tal vez, ser ejecutados por el mismo actor que represente el papel del REY; por el contrario, los del ANGEL se multiplican, ejecutados con toda naturalidad; conviniendo, pues, que sean ejecutados por un auténtico bailarín. La nota de ferocidad del baile debe ser dada tanto por el REY como por el ANGEL; pero el REY la da unida a lo grotesco y a la impotencia; el ANGEL, a la ironía y a la sublimidad. Al fin del baile, el ANGEL dominó completamente al REY. Lo arrodilló a sus pies y le tiene la garganta apretada entre ambas manos. Lo arrastra así hasta la boca del escenario. La música se para, no acabada, sino inoportunamente interrumpida. El ANGEL tiene al REY a sus pies, apretándole el cuello con las manos, y ambos están de perfil al público. El ANGEL levanta la cabeza muy lentamente hasta tenerla completamente vuelta hacia arriba. No deja, sin embargo, de subyugar al REY, que se esfuerza por libertarse. Se oye un golpe, ahora fortísimo. de batería, se apagan todas las luces del escenario y de la sala. Se escucha inmediatamente, a plena voz, un coro entonando los primeros compases de un himno religioso; el cual es también bruscamente interrumpido, y en el mismo instante se enciende la luz sobre el escenario que ya conocemos.)

ACTO PRIMERO

Se enciende, pues, la luz sobre el escenario ya conocido: dormitorio del REY, en el palacio. Pero ya no es durante la noche. La escena está ahora inundada de claridad. Además del lecho hay dos anchas sillas, una a cada lado y ropa amontonada en el suelo. El ANGEL desapareció. El REY se arroja del lecho en cuanto comienza el acto.

REY.—(*Gritando con gran terror, como en el prólogo.*) ¡Socorro!... (La puerta se abre hacia fuera. Aparecen dos guardias, apartando violentamente las cortinas que cuelgan delante de ella. Traen, en la mano, una especie de alfanje levantado. Surgen con aire de muñecos que saltan en virtud de un muelle. Su aspecto es feroz y, al mismo tiempo, cómico por la mecanización de todos los movimientos y actitudes: actitudes y gestos más de muñecos de cuerda que de gente viva. El REY corre hacia ellos; pero, volviéndose de repente, ve que en la ventana no hay nadie. Recorre todo el cuarto con la mirada, procura recuperar el dominio de sí mismo, se compone, se endereza, va hasta la boca del escenario, mira desdenoso, ostentoso, severo. 2 los dos guardias de alfanje erguido.)

REY.—¿Qué queréis? ¿Quién os ha llamado? (*Silencio de los GUARDIAS. Bajan el brazo armado.*) ¿Sois mudos? ¿Estáis sordos? ¿Es necesario arrancaros la lengua o cortaros las orejas? ¿No os pregunté lo que queréis? ¡Hablo con vosotros, imbéciles! (*Los GUARDIAS dudan, se consultan rápidamente con la mirada. Uno de ellos avanza tres pasos, y habla con voz trémula.*)

GUARDIA 1.º.—Fuisteis vos el que gritasteis, señor. Nosotros somos vuestros humildísimos guardias... (*Retrocede tres pasos volviéndose a su primitiva posición.*)

REY.—¿Grité yo? ¡Ya lo sé!, grité. Tuve una pesadilla horrible. Me desperté sobresaltado. ¡Qué pronto acudís a mi llamada... cuando se trata de sueños! Pero

seréis los primeros en entregarme, cuando mañana mis enemigos vengan a buscar mi vida. Tal vez seáis vosotros mis propios asesinos... Me odiáis mucho, ¿no es verdad? (*Silencio de los GUARDIAS.*) ¡Hablo con vosotros, imbéciles! ¿No veis que hablo con vosotros?

GUARDIA 1.^o.—(*Avanza otra vez tres pasos; habla siempre con voz trémula; pero sin perder nunca la corrección.*) Nosotros somos vuestros humildísimos guardias, señor. Nada en el mundo nos pagaría vuestra preciosísima existencia... (*Retrocede tres pasos.*)

REY.—¡Retiraos! No puedo soportar vuestro servilismo y vuestra hipocresía. (*Los GUARDIAS desaparecen tras la cortina. El REY está de espaldas a la ventana. No ve, pues, que el busto del BUFÓN se asomó al alféizar.*)

BUFÓN.—¡Buenos días, rey de la baraja! (*El REY se vuelve de repente y suelta el mismo grito de intenso terror.*) ¡Socorro! (*No aparece nadie en la puerta. El BUFÓN se sienta en el alféizar balanceando las piernas, los brazos abiertos, las manos en los quicios de la ventana. Viste cualquier traje inspirado en los de los bufones medievales; pero tiene, de las muñecas a los costados, las mismas alas-aletas del ANGEL, que se abren y cierran según él suba o deje caer los brazos. Las del ANGEL eran blancas; éstas son del color del traje.*)

BUFÓN.—¿Por qué gritas? Si yo te quisiese matar, no te habría soltado hace poco. Tuve tu real pescuezo en mis manos, ¿no es verdad?

REY.—¡Socorro!... (*Va retrocediendo hacia la puerta, con el cuerpo encogido y sin poder dejar de mirar al BUFÓN. De repente se vuelve, se lanza contra la cortina con el mismo grito de aflicción.*) ¡Socorro!... (*El BUFÓN desaparece. Vuelven a entrar los dos GUARDIAS con sus alfanjes desenvainados.*)

REY.—¡Detenedlo! ¡Agarradlo! Quiso estrangularme esta noche. Es un demonio enviado por los brujos ene-

migos míos... ¿Pero dónde estábais? ¿Qué clase de guardias sois vosotros? ¡Me harté de gritar! Nunca venís cuando os necesito. (*Repara que no hay nadie en la ventana; queda desorientado. Los GUARDIAS han envainado sus alfanjes. Están firmes e inmóviles como estatuas. El REY duda, procura serenarse, se aturde, disimula, se endereza, va hacia el frente, se vuelve hacia los GUARDIAS y habla con superioridad y sarcasmo.*) ¡Siempre seréis los mismos imbéciles! Os acusaba no hace un minuto de que sólo venís tratándose de sueños. Intento probaros; sueño otra vez: ¡aquí estáis otra vez! Y con vuestro alfanje empuñado, con vuestra repugnante cabeza de perros... Todo para hacerme creer que apreciáis mucho mi vida. ¡Imbéciles! ¡Como si alguien pudiese apreciar una vida que su propio dueño halla odiosa! ¡Como si los esclavos pudiesen amar a un tirano como yo, caprichoso como yo, cruel como yo! ¡Marchaos! No puedo soportar vuestra grosera simulación. Mas decidme: ¿por qué sois tan cobardes?, ¿tan indecisos? No comprendo cómo aún no habéis entrado en mi cámara, mientras duermo, y no me habéis asesinado... Cierto es que raras veces consigo dormir, ahora; ni siquiera acostarme. Pero podéis espiar mi sueño de madrugada; esperar la ocasión. E incluso podéis huir con parte de mis tesoros... ¡Sois muy imbéciles! Nada más fácil que fugaros. Nadie osaría oponerse a los guardias de la máxima confianza del rey... (*Ligera pausa. Silencio e inmovilidad de los GUARDIAS.*) Ni siquiera sé por qué os digo estas cosas imprudentes. ¡Hace algún tiempo que no ando bien! ¿Oís, al menos, lo que digo, imbéciles?, ¿entendéis, al menos, lo que digo?

GUARDIA 1.º—(*Avanza otra vez tres pasos; habla con la misma voz trémula; mantiene la misma rigidez.*) Nosotros somos vuestros humildísimos guardias, señor. Vuestra majestad se despertó hoy de buen humor: le apetece

bromear con sus humildísimos guardias e indignos siervos. Pero nuestro deber es acudir siempre que oigamos llamar a vuestra majestad. Perdonad la estrechez de nuestra inteligencia; pero no hay medio de que sepamos cuándo vuestra majestad está de broma o realmente llama. Y podría ser que la preciosísima vida de vuestra majestad corriese algún peligro...

REY.—¡Sal de mi vista! (*El GUARDIA que habló retrocede tres pasos y se coloca a la altura del otro. Ambos desaparecen tras la cortina. El REY pasea agitado a lo largo de toda la escena. Va a la ventana, acecha primero con miedo, después se coloca sobre ella de bruces mirando hacia afuera. El BUFÓN sale ágilmente de debajo del lecho, se pone de pie.*)

BUFÓN.—¡Aquí estoy, rey de la baraja!

REY.—(*Se vuelve rápidamente con los brazos levantados, una expresión de locura y el mismo grito.*) ¡Socorro!

BUFÓN.—Inútil gritar. Tus guardias creerán que continúa probando su inteligencia. Eres poco previsor, rey.

REY.—¡Socorro! (*Procura trepar a la ventana, pero lo hace tan torpemente, que cae al suelo. Queda todo encogido contra el muro, sin dejar de mirar al BUFÓN. Este avanza despacio hacia a él, lo agarra por el cuello, lo arrastra hasta la boca del escenario, como el ANGEL en el prólogo. Allí lo suelta.*)

BUFÓN.—¿Quieres que vaya yo mismo a llamar a tus guardias?

REY.—¡Socorro!

BUFÓN.—(*Va hacia la puerta y llama hacia dentro.*) ¡Eh! ¡Aquí los del rey! (*La puerta se abre inmediatamente: reaparecen los dos GUARDIAS con sus alfanjes desnudos. El BUFÓN se queda en medio de los dos y espera. El REY se levanta y se abalanza por la puerta abierta.*)

LA VOZ DEL REY.—(*En el corredor.*) ¡Socorro! ¡Socorro! (*Se oye un gran tumulto mientras el BUFÓN espera entre los dos GUARDIAS, Vocerío fuera. El BUFÓN y los GUARDIAS se hacen un poco a un lado. El REY entra seguido de soldados, criados, cortesanos. Viene también el GENERALÍSIMO y el FÍSICO de palacio. Tienen aires imponentes y visten más ricamente que los demás.*)

REY.—(*Se dirige a los GUARDIAS que flanquean al BUFÓN. Sus aires, gestos y actitudes son otra vez seguros, autoritarios, soberbios.*) Hice una última experiencia. ¡Inútil! Siempre seréis igual de imbéciles. Pero ¿imbéciles o pérfidos? Venís cuando es superflua vuestra presencia. Únicamente no oís cuando verdaderamente grito; cuando mi vida corre el mayor de los peligros al lado de vuestra indiferencia... ¿Imbéciles o pérfidos? Vais a ser azotados en la plaza pública... ¡No! Vais a ser condenados a muerte.

BUFÓN.—(*Avanza dos pasos, dobla una rodilla en tierra.*) Perdón, real señor. Tu indispensable existencia no corría el más mínimo de los peligros en la presencia del más dedicado de tus siervos. Acuérdate que fui yo quien llamó contra mí mismo, y simplemente para sosegar tu excitación, a estos tristes idiotas que no vendrían si no oyesen cualquier voz extraña...

REY.—¡Cállate! Pronto ajustaremos cuentas. No hablo ahora contigo. (*El BUFÓN se levanta, va nuevamente a situarse entre los GUARDIAS. Entonces el GUARDIA 1.º avanza nuevamente tres pasos, cae de rodillas en tierra a los pies del REY.*)

GUARDIA 1.º.—¡Piedad, señor! ¡Mandad azotarme! Cincuenta azotes, cien azotes, en la plaza pública. ¡Pero perdonad mi vida! No es por mí. Sabéis que tengo tres hijos pequeños. ¡Acordaos, señor! Quisisteis que los trajese a vuestra real presencia... Sabéis que por estos días nacerá otro. Tuvisteis la inmensa benignidad de ofrece-

ros para padrino... Nadie tiene vuestro corazón, señor. Nadie muestra tanta bondad para con sus criados...

REY.—Espera. (*Grita a los demás.*) Traedme donde me siente; ¿no veis a vuestro rey de pie? ¡Dadme mi casa de pieles! Este no es un traje para condenar a muerte. Y calzadme unos zapatos; ¿no veis a vuestro rey descalzo? Os salva que hoy estoy de buen humor. (*Un criado va inmediatamente a buscar una de las sillas; otro, unas botas que deben estar debajo de la cama; otro, una larga chaqueta de pieles que toma entre la ropa amontonada en el suelo. El REY se pone el chaquetón, se sienta, se acomoda en la ancha silla, extiende las piernas a otro criado que le pone las botas. Los restantes criados, los soldados, los cortesanos, se han esparcido por la escena. Algunos se sitúan al fondo, otros forman pequeños grupos. El GENERALÍSIMO está a la derecha de la silla del REY, el FÍSICO, a la izquierda. El REY se dirige entonces al GUARDIA 1.º, que no cambió de posición, y dice.*) Listo. Puedes continuar.

GUARDIA 1.º.—¡Piedad, señor! ¡Mandad azotarme! Vuestra cólera es justa. ¡Mandad azotarme! Cincuenta azotes, cien azotes, en la plaza pública. ¡Pero perdonad mi vida! No es por mí. Sabéis que tengo tres hijos pequeños. ¡Acordaos, señor! Quisisteis que los trajese a vuestra real presencia...

REY.—Estás repitiendo lo que ya dijiste. ¿No sabes decir más que eso?

GUARDIA 1.º.—Señor, no sé decir más que la pura verdad de los hechos. ¡Ya no consigo expresar lo que siento! Para serviros mejor, me acostumbré a no decir nada de lo que sintiese. Quise, incluso, habituarme a no sentir... (*Rompe en sollozos.*)

REY.—¡Levántate! ¡Retírate! Mis guardias no se ocupan por los hijos. Mis guardias tienen la mayor alegría en dar la vida para aplacar la cólera de su rey. (*El*

GUARDIA 1.º *se levanta inmediatamente, se recupera, retrocede tres pasos, vuelve a su primitiva posición. Todo con la rigidez que había perdido un poco hablando. A continuación el GUARDIA 2.º avanza tres pasos, cae como el primero de rodillas en tierra.*

GUARDIA 2.º—*(Extiende las manos hacia el REY.)* ¡Piedad, señor! Sabéis que soy el sustento de mi madre, ciega. Sabéis que soy la luz de sus ojos. Vos mismo quisisteis, con la inmensa dulzura de vuestro corazón, conocer a mi pobre madre, vieja y ciega...

REY.—¡Levántate! ¡Mis guardias no gesticulan! Mis guardias no tienen madres ciegas. Eres tan indigno como tu compañero. No sois más que dos mujerucas cobardes; ¡y pensar que yo contaba con vosotros para que me defendierais! *(El GUARDIA 2.º se levanta, retrocede tres pasos y toma la primera actitud. El REY baja la cabeza, parece meditar. Tras breve silencio dice, sin levantar la cabeza.)* ¿Qué piensas de estos casos, extranjero?

BUFÓN.—¿Hablas conmigo, señor?

REY.—Contigo, sí.

BUFÓN.—No tengas piedad, señor. ¡Condena! ¡Mata! ¡Derrumba! Todos los grandes caudillos deben cometer iniquidades y crueldades. Forma parte de su aureola. Además..., ¿cómo seguir un camino triunfal sin aplastar varias inocencias? Ningún triunfador se preocupa por niñerías.

REY.—*(Levanta la cabeza.)* Eres más franco que mis consejeros; y tal vez menos estúpido.

BUFÓN.—Gracias, señor. Yo también soy de esa opinión.

REY.—Opino, sin embargo, que no hablarías del mismo modo si fuese tu vida la que estuviese en juego.

BUFÓN.—Continuamos de acuerdo. Creo que no hablaría del mismo modo.